

NAUMAQUIA

JORDI NOGUÉS

NAUMAQUIA



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Estudio Calderón

Primera edición: septiembre de 2019

© Jordi Nogués, 2019
© de la presente edición: Edhasa, 2019
Diputación, 262, 2ª^a
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6326-5

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B. 17351-2019

Impreso en España

*A mi madre, Maria del Carme;
a mis hermanos, Carmina y Xavier,
y a mis tíos, Lurdes y Francisco.*

DRAMATIS PERSONAE

- Adelphos: griego, *magister* de preparación física en el *ludus* de Arianilla.
- Alieta: gladiatrix del *ludus* de Arianilla; el sobrenombre significa ‘buitre’, debido a su particular modo de andar.
- Amal: miembro del clan Q’re, oasis de los Treinta Lagos en la región Gabera. Etnia bereber, cultura amazigh.
- Arianilla: plebeya, lanista del *ludus* de Perusia.
- Appio Cornelio Fabio: aristócrata romano de Cartago.
- Aptoneto: *doctor* en la especialidad de murmillo, en el *ludus* de Arianilla.
- Aulo: plebeyo, procurador de la escuela gladiatoria de Capua, de titularidad imperial.
- Cayo Aquilio Próculo: senador romano.
- Cayo Severo: antiguo senador romano. Vivía en Pompeya, en la villa de los Misterios. Fallecido.
- Cayo Segundo Severo: hijo mayor de Cayo Severo, perteneciente a la aristocracia provincial romana.
- Cneo Julio Agrícola: comandante de la Legio XX Valeria Victrix.
- Cornelia: hija mayor de Appio Cornelio Fabio.
- Decio: plebeyo, dueño de un prostíbulo en Cartago.
- Dicta: gladiatrix veterana del *ludus* de Arianilla; el sobrenombre le viene impuesto por su limpieza en la lucha.
- Dominax: gladiatrix del *ludus* de Arianilla; se la conoce con ese apodo por su carácter dominante.
- Ieninia: gladiatrix del *ludus* de Lavinia; sobrenombre que hace referencia a su velocidad en la lucha.
- Kella: miembro del clan Q’re, en el oasis de los Treinta Lagos de la región de Gabera. Etnia bereber, cultura amazigh.

Longina: *doctor* en interpretación del *ludus* de Arianilla.

Lucio Sura: aristócrata provincial, tribuno laticlavio.

Marcia y Domicia: hermanas gemelas, hijas de Appio Cornelio Fabio.

Marco Licinio Muciano: senador y cónsul de Roma.

Marcus Severo: hijo menor de Cayo Severo, perteneciente a la aristocracia provincial romana.

Nepio Atinus: *iubilator*, relaciones públicas y animador de Typhon en la Facción Blanca.

Óptima: gladiatrix del *ludus* de Tarentum; sobrenombre debido a sus dotes como luchadora.

Ovidio: plebeyo, médico del *ludus* de Arianilla.

Petilio Cerial: procónsul romano y gobernador de la provincia de Britania.

Salonio: plebeyo, médico de Cartago.

Magna: gladiatrix del *ludus* de Arianilla; el sobrenombre significa ‘grande’ y hace mención a su corpulencia física.

Sergiolo: *doctor* principal del *ludus* de Arianilla.

Sexto Aleccio: exlegionario de la Legio XII Fulminata, ahora mercenario.

Sexto Cerealo: aristócrata romano, *legatus* de la Legio V Alaudae.

Spículo: *doctor*, exgladiador y entrenador del *ludus* de Pompeya.

Tanico Frugi: *doctor et magistri*, entrenador de Typhon en la Facción Blanca.

Thalía: esclava griega.

Tito Flavio Sabino Vespasiano: hijo mayor de Vespasiano y heredero a la corona imperial.

Typhon: auriga griego.

Velius Calpurnio: *dominus factionis*, jefe de la Facción Blanca.

Vespasiano, Tito Flavio: emperador y *princeps* de Roma durante los años 69 y 79 d. C.

Vetura: nodriza de la casa Cornelio.

Viria: gladiatrix del *ludus* de Praeneste; sobrenombre otorgado debido a la fortaleza de la luchadora.

Qui mortem timebit, nihil umquam pro homine vivo faciet
(Quien teme a la muerte no realizará
hazaña de hombre vivo).

Séneca (4 a. C. - 65 d. C.)

Libro primero

OMNES VIAE ROMAM DUCUNT
(Todos los caminos conducen a Roma)

Prólogo

TYPHON

Un talento de los dioses

Atenas,
verano del año 70 d. C.

Mientras el *atloteta* hablaba al público, Typhon cerró los ojos para saborear con más intensidad aquel instante.

Aspiró profundamente y notó cómo el aire ateniense olía a victoria y a triunfo. A celebración. A dioses.

Sentía en su rostro el calor del sol veraniego heleno; un sol contundente, rebosante de fuerza. El calor de los dioses. El calor del propio Zeus que, según creían todos los atenienses, sonreía a los ganadores de los juegos de las fiestas Panateneas. Typhon sonrió para sí y se corrigió.

«Más que Zeus, seguro que es Atenea», pues, de hecho, las fiestas más populares de toda la Hélade, junto a los juegos celebrados en Olimpia, se dedicaban a la diosa protectora de Atenas.

El *atloteta*, uno de los diez magistrados encargados de organizar las fiestas Panateneas, se tomaba su discurso con una acentuada parsimonia. En el momento del triunfo, en el que todos los asistentes a las competiciones querían vitorear a los vencedores, el público escucharía con paciencia el discurso del servidor de los dioses. Unas palabras cargadas de adoctrinamiento religioso y patriótico; con los dioses del Olimpo como ejemplos del credo a seguir y la ciudad de Atenas siempre considerada como el centro del universo.

Typhon abrió los ojos.

La luz veraniega lo cegó por un instante, hasta que recuperó la visión tras unos cuantos parpadeos.

La ciudad entera llenaba el estadio de Atenas. Incluso gentes de ciudades vecinas, como Mégara o Platea, acudían cada año a las fiestas Pentélicas. Y cada cuatro años, con la celebración de las llamadas Grandes Panateneas, el impacto de visitantes forasteros era aún mayor. A pesar de que su victoria se había producido en el hipódromo del *demo* de Equelidas, debido a la simbología religiosa y también a su mayor capacidad, el homenaje a los ganadores se celebraba en el estadio de Atenas.

–... vencedor en más de una veintena de carreras a lo largo de la Hélade, ¡Typhon de Atenas! –Al escuchar su nombre y la ovación del público, la atención del auriga volvió a la realidad del presente. Infló el pecho y se inclinó para recibir la corona de olivo.

Con sencillez, debido al hábito, el *atloteta* lo coronó como ganador y el público aumentó la sonoridad de la ovación.

Acto seguido, el magistrado –ayudado por un joven esclavo– le hizo entrega de un ánfora panatenaica llena de aceite de oliva procedente de los olivos sagrados de Atenas; era el premio que todos los vencedores recibían, tanto los participantes en competiciones deportivas o atléticas como los ganadores de los certámenes de música y poesía; y tanto si eran atenienses como si procedían de otras ciudades.

Typhon sonrió a la gente con mesura.

Se sabía ganador y sentía cómo todos le adoraban por ello. Sus veintitrés victorias en los últimos cinco años le habían convertido en casi una leyenda.

–No inflés tanto el pecho o te reventarán los pulmones.

Typhon buscó con la mirada a la persona que le estaba hablando.

El magistrado *atloteta* era el único que estaba cercano a él.

–Dar gracias a los dioses por el don recibido y estar orgulloso de ello es lo correcto –continuó hablando el encargado de repartir los premios–. Incluso los dioses aceptan que uno se crea

superior al resto de los mortales. Pero superar esos límites no puede conducirte a nada bueno, muchacho.

La voz de aquel hombre parecía haber silenciado al resto de la multitud. Typhon apenas escuchaba los vítores del público aclamando su nombre y sus victorias.

Aquel tipejo le estaba robando su momento.

–Soy el ganador –le contestó con arrogancia y cierta dureza en la voz; elevó el mentón mientras lo miraba de soslayo–. Nadie, absolutamente nadie, ha ganado tanto como yo en este último siglo.

El *atloteta* era un hombre cercano a los sesenta años. Delgado, las arrugas del rostro y la piel algo reseca otorgaban carácter a un rostro anguloso lleno de firmeza. El magistrado no esquivó la mirada ni levantó el mentón; ambos eran casi de la misma estatura.

–Te olvidas de Nerón, muchacho. –Una sonrisa cínica acompañó a esa frase.

Nerón, emperador y *princeps* de Roma hasta su suicidio, obtuvo un interminable número de victorias en los juegos celebrados en Olimpia cuatro años antes. Como auriga, actor y cantante –y gracias a su condición de primer ciudadano de Roma–, ganó en todo lo que participó. Incluso se comentó que los jueces de Olimpia habían recibido generosos sobornos.

–Nerón era un patoso con las riendas, casi ni sabía azugar a los caballos. En mi caso, han sido los dioses quienes me han bendecido con el don del talento. Aceptar su divina voluntad, como tú has dicho, es el deber de todo heleno. –Nuevamente el desdén y una fuerte arrogancia acompañaron las palabras de Typhon.

El magistrado no parecía encontrarse afectado por la actitud del auriga ganador. El *atloteta* lo tomó por el brazo derecho.

–Ten cuidado con sobrevalorar a los dioses. De la misma forma que dan talentos, los quitan con idéntica facilidad.

Typhon intentó liberarse de aquella garra que lo sujetaba con fuerza. No lo consiguió; parecía estar preso de aquel hombre.

–Sólo si me arrancas el brazo, me libraré del talento de los dioses y, aun así, jamás podrás compararte a mí.

Sin soltarlo, el *atloteta* volvió a hablarle:

–Escúchame bien, jovenzuelo impertinente, escúchame bien –repetió la frase acabando con un claro aire de amenaza–. Algún día te convertirás en un despojo humano, una simple piel sin nada más debajo, y lamentarás no haber hecho caso a mis consejos.

»Será entonces, y sólo entonces –al repetir frases o palabras, las arrugas del rostro parecían más profundas y oscuras–, en el momento en que tu vida no importe a nadie, ni al más miserable de los perros, cuando agradecerás un mendrugo de pan como si fuera el manjar más exquisito.

Typhon lo miró con cara de asco. Bajó la barbilla y sus ojos se centraron en los del anciano.

–¡Estás loco, viejo! –De un fuerte tirón se libró de la garra que lo sujetaba–. Espero que tu desgastado cuerpo te mantenga con vida lo suficiente para verlo, pero voy a ser el hombre más conocido y venerado de todas las provincias romanas. Más incluso que el propio emperador.

El magistrado se cruzó de brazos mientras ladeaba ligeramente la cabeza, pero sin dejar de mirarlo.

Typhon continuaba hablando.

–Me voy a Roma. Ganaré a todo aquel que se enfrente a mí y me convertiré en un hombre rico, en una leyenda. El propio emperador me suplicará que acepte la ciudadanía romana y yo, como muestra de buena voluntad, accederé a su ruego.

»Después de eso, viejo, volveré aquí y te buscaré. Antes de acabar con tus desgastados huesos, lo haré con tus descendientes, para que tu nombre y tu casa desaparezcan para siempre.

El *atloteta* retrocedió ligeramente, sorprendido por el giro de la conversación. Las predicciones que se habían lanzado mutuamente parecían auténticas profecías, como si el futuro de ambos comenzara a caminar en ese mismo momento.

Capítulo I

MARCUS

El ascenso del menor

Britania-Roma,
otoño del año 71 d. C.

El húmedo viento otoñal se colaba a través de la lona y los gruesos maderos que, firmemente anclados en el suelo, impedían que un fuerte vendaval se llevara la tienda. A pesar de ser de día, en el interior, un par de docenas de lucernas buscaban imponerse a la oscuridad. La ventisca parecía hacer temblar las llamas, como si éstas fueran sensibles al otoño britano.

Marcus Severo, en su calidad de tribuno laticlavio, asistía a la reunión en la que Petilio Cerial, procónsul y gobernador de la provincia de Britania, había convocado a la totalidad de altos cargos del ejército romano de dicha provincia: una veintena de hombres.

La Legio II Adiutrix había combatido, tan sólo unas semanas atrás, contra los brigantes. Ayudada por la Legio XX Valeria Victrix, intentaban mediar en un conflicto que, en un principio, pareció sólo un problema de cama.

La reina de los brigantes, Cartimandua, se contaba como una firme aliada de Roma desde el año 51 d. C. El esposo de ésta, Venuntius, había traicionado el acuerdo de su consorte y levantó a una buena parte de la tribu de los brigantes contra los

conquistadores (ya era la segunda ocasión en que Venuntius se levantaba contra Roma; había sido vencido en el año 56 d. C. por la Legio IX Hispania al mando de Cesio Nasica). Reconciliado con Cartimandua y perdonado por Roma, Venuntius fue repudiado finalmente por su esposa al tiempo que se sentía traicionado por su segundo al mando, Vellocatus, que ahora calentaba la cama de la reina de los brigantes. El desdichado esposo sólo pudo tomar el camino de la rebelión ante su esposa y los aliados de ésta. Y, aprovechando el fatídico año de vacío de poder en el que hasta cuatro *princeps* habían ocupado el trono de Roma, se alzó en armas contra los latinos. Venuntius se alió con un nutrido grupo de tribus vecinas, con lo que la rebelión degeneró en una verdadera guerra.

El primer enfrentamiento había acabado en tablas. Roma había consolidado su posición, pero su avance no era significativo; al igual que los insurrectos, que seguirían en sus posiciones al menos hasta la llegada del próximo verano.

El acantonamiento invernal del ejército suponía la oportunidad para recuperar fuerzas y planificar las estrategias a tomar cuando llegase el buen tiempo.

–Hay que construir una fortaleza definitiva –comentaba en voz alta Petilio Cerial, procónsul y gobernador de Britania–. Sólo así podemos consolidar el dominio ante los insurrectos.

–Necesitas a todos los hombres para luchar. –Quien hablaba era Cneo Julio Agrícola, comandante de la Legio XX Valeria Victrix, que también actuaba como consejero de Cerial–. No puedes dividir las fuerzas, el enemigo es muy numeroso.

Marcus Severo permanecía en silencio. Aún era joven, apenas superaba los veinticinco años, y su experiencia en el ejército era escasa. El cargo de tribuno laticlavio se destinaba a un joven aristócrata, o procedente de una familia senatorial, cuyo objetivo era que futuros senadores predestinados a ocupar altos cargos en Roma adquiriesen algo de experiencia en el ejército romano. No se esperaba mucho de ellos, pero sí que aprendieran del funcionamiento y administración de una maquinaria tan perfecta como era el estamento militar romano.

–No es necesario usar una legión entera. Para iniciar los procesos preliminares con un par de centurias es más que suficiente. Así, cuando se acabe con los rebeldes, el trabajo ya estará adelantado.

Agrícola ladeó la cabeza. Quedaba bien claro que no le gustaba la idea, pero admitía que había algo de razón en las palabras del gobernador de Britania.

–Y el joven Marcus, aquí presente –el aludido se sorprendió al oír su nombre en la boca de Cerial–, puede ocuparse de dirigir este grupo de trabajo con gran eficacia; es un gran organizador.

Sintió cómo el calor acudía a su rostro y alejaba aquella humedad fría tan típica de Britania. Todos lo miraban.

–Tendrás que buscar el emplazamiento idóneo e informarnos de todo. –Ahora era Agrícola quien hablaba–. Instalaremos el próximo campamento de invierno muy cerca de la zona donde se construirá la futura fortaleza; así podrás trabajar sin que nosotros debamos destinar fuerzas complementarias para protegerte.

El corazón de Marcus se aceleró. Aquella era una buena misión donde podría dar la razón al gobernador de Britania y conseguir méritos que le beneficiarían cuando regresara a Roma.

–Cumpliré con la máxima eficacia este cometido –fue lo único que pudo decir.

Su corazón latía con fuerza. Se sentía orgulloso y motivado. Lo primero que le vino a la mente fueron su hermano mayor y su padre. El primogénito de los Severo siempre había pensado en él como alguien poco capacitado para hacer nada. Sólo lo tenía por ambicioso y era la típica molestia que siempre suponía un hermano pequeño. Y su padre...

Apenas comenzó a pensar en él cuando un centurión entró en la tienda, interrumpiendo la reunión.

–Cuatro mensajes urgentes, procónsul. –Dejó los papiros enrollados encima de la mesa donde se había dispuesto un pergamino con un esbozo de un mapa de Britania.

Agrícola se adelantó a Cerial y repartió los papiros; uno le fue entregado a Marcus.

–Es para ti, joven Severo; urgente.

Marcus desenrolló el papiro allí mismo; sabía que no incumplía ninguna norma del protocolo militar. El propio Agrícola le había instado a leerlo.

Apenas hubo terminado de hacerlo, se quedó mudo, sin palabras. Sin ánimo para la respuesta, fue el mismo Agrícola quien cogió el papiro y averiguó su contenido.

—El padre de Marcus, Cayo Severo, ha fallecido. El propio emperador, Vespasiano, insta a que regrese a Roma de inmediato; al parecer, hay asuntos relacionados con este trágico suceso que requieren de la presencia del joven Severo —explicó ante todos los demás.

Marcus casi no oyó lo que se dijo a continuación; pero sí asimiló expresiones como «mala suerte» o «en manos de los dioses», que se repetían una y otra vez.

Fue el gobernador y procónsul Cerial quien le sacó de su sopor; le tomó del brazo y apretó con fuerza.

—Debes ir, muchacho. Esta guerra no será corta y habrá tiempo para gestarte un buen futuro en el ejército. No podemos desatender a los dioses de nuestros ancestros, ni a los designios de nuestro emperador. Tal vez sea en la misma corte donde esté tu futuro.

Marcus miró a Cerial con el ceño fruncido. Quedaba bien claro que su presencia en Britania apenas tenía importancia alguna para el futuro de la guerra que se estaba librando.

Y ello le molestó. Más que la noticia de la muerte de su propio padre. O el requerimiento de Vespasiano: en ese momento no pensó en qué querría de él el emperador de todos los romanos.

* * *

El regreso a Roma no fue rápido. Al menos no de la manera que él hubiera deseado. La distancia a cubrir era ingente y los accidentes geográficos, muy numerosos. Mares, continentes, cordilleras se convertían en obstáculos que requerían de más tiempo para superarlos. Fue por eso que realizó la travesía por mar. Rodeó Hispania por completo hasta llegar a Portus, muy cerca de Ostia.

El largo viaje le dio tiempo para pensar.

La muerte de su padre había ocurrido unas semanas atrás; su progenitor estaría ya enterrado y Marcus se habría perdido el funeral. Su hermano mayor, Cayo Segundo Severo –ahora ya el único Cayo Severo–, se habría encargado de todo. Y seguro que se lo recriminaría en cuanto ambos hermanos se vieran de nuevo.

Cayo consideraba a Marcus excesivamente ambicioso. El mayor de los Severo había tomado el camino del mundo del arte. Hombre con una sensibilidad muy especial, amaba sólo a las personas de su propio sexo y jamás se había planteado continuar con la tradición familiar de servir al pueblo de Roma. Viviendo de rentas gracias a la mitad de la herencia que recibió de su padre, Cayo no aspiraba a nada más que a disfrutar de aquello que le apasionaba.

En cambio, Marcus era harina de otro costal. Con lo recibido por su anciano padre le era muy difícil llegar a ser senador; su fortuna no alcanzaba el mínimo exigido para ingresar en la exclusiva curia senatorial. Y pensó que, con un tiempo en el ejército, conseguiría una magistratura y, con ella, el favor del emperador, lo que le catapultaría hasta la cúspide política de la ciudad que gobernaba el mundo. Oro o reconocimiento, ésa era la cuestión; éstas eran las dos únicas maneras de llegar a formar parte de la élite social de Roma.

Ahora, aparentemente con su carrera militar frustrada, regresaba a la ciudad que le vio nacer con un enigmático mensaje de Vespasiano.

La orden del emperador de regresar le sacaba de quicio. ¿Qué querría de él la máxima autoridad del mundo? Por mucho que esa pregunta mortificara una vez y otra su pensamiento, era incapaz de hallar una justificación que lo calmara.

Vespasiano apenas le conocía. Marcus llevaba más de un año y medio fuera de Roma. No había coincidido nunca con el que ahora era emperador; ni antes de llegar a la cima como máximo dignatario de Roma ni estos últimos meses, ejerciendo ya su cargo. El padre de Marcus, Cayo, se había retirado como político activo unos cuantos años atrás; tampoco su progenitor y el empe-

rador eran muy conocidos. De hecho, Marcus estaba convencido de que, hasta la llegada de la misiva, Vespasiano no sabía de su existencia. Pero debía de estar equivocado, en vista del contenido del mensaje.

¿Qué quería Vespasiano de él?

Fue incapaz de contar las veces que esa pregunta surgió en su cabeza durante el viaje de regreso. Un trayecto excesivamente largo y tranquilo para quien necesitaba tener la mente ocupada.

Un par de tormentas, suaves, y un vendaval no fueron suficientes para alterar la tranquilidad del viaje; sólo lo retrasaron un par de días.

Una vez en suelo itálico, informó a Vespasiano de su llegada; el emperador le llamó esa misma tarde.

Como era habitual, lo recibió en los Jardines de Salustio, un espacio propiedad de quien ostentaba la magistratura suprema de Roma, y que Vespasiano usaba como su particular palacio de recepciones.

Esta área enorme, de forma cuadrangular y situada al noroeste de la ciudad, se había convertido en uno de los pulmones de Roma. La vegetación domesticada servía para aquietar el espíritu humano y devolverlo a su estado más primario, la naturaleza. Dentro de ese espacio verde, apenas media docena de edificios recordaban que el ser humano presidía el lugar, por encima de todo.

Vespasiano lo recibió en una pequeña estancia, dentro del pabellón principal. El *princeps* de los senadores y líder de los militares no estaba solo. Apenas acompañado por dos esclavos y cuatro miembros de la Guardia Pretoriana, otro individuo esperaba a su lado.

–Bienvenido a Roma, joven Severo. Toma asiento. –La voz grave de Vespasiano, las arrugas de su rostro y el aspecto serio de su actitud no ayudaron a calmar el nerviosismo del recién llegado—. Éste es Marco Licinio Muciano, cónsul durante el año pasado y recién nombrado para el siguiente.

Marcus enarcó las cejas, sorprendido. ¡Nada menos que Vespasiano y Muciano frente a él!

Una decoración sobria adornaba la estancia, con una mesa sólida y oscura que separaba a Muciano de Marcus; ambos sentados, uno frente al otro. Vespasiano estaba de pie, con las manos a la espalda.

–Lamento mucho la pérdida de tu padre, Marcus. –Casi no había emoción en las palabras de Vespasiano. Temple sí, pero su tono carecía del afecto necesario para transmitir la sensibilidad adecuada al recordar a los difuntos–. Era un hombre de honor y con un sentido de la rectitud que buena falta le haría a Roma en los actuales tiempos.

Marcus apenas dijo nada. Un inaudible monosílabo que se disipó a medio camino de los oídos de Vespasiano.

–Te preguntarás el motivo de requerirte ante mi presencia. –Un leve gesto con la cabeza, afirmando, fue la respuesta del joven Severo. Vespasiano se mostró más serio aún y juntó las yemas de los dedos de ambas manos para cerrar sus labios, momentáneamente, con ambos índices. Después separó las manos y habló con aquella gravedad tan característica en él–: El Senado está podrido. La traición y el egoísmo lo han corrompido de tal manera que la justicia y la equidad necesaria para gobernar los destinos del mundo han desaparecido. La prueba es que necesitan a un hombre íntegro que actúe en nombre de ellos. –Sin nombrarse, Vespasiano se refería a sí mismo–. Mi objetivo es limpiar esa podredumbre.

»Como ya hiciera Augusto, un Senado repleto de hombres nuevos, jóvenes y con los ideales que hicieron grande a Roma devolverá la cordura a la curia y me ayudará a gobernar mejor todo el conjunto de las provincias.

«¿Me va a nombrar senador?». El corazón de Marcus se aceleró. Algunos hombres conseguían ese honor sin que importara su condición económica o social; individuos que habían demostrado ser eficaces en sus servicios a Roma.

El cónsul Muciano permanecía en silencio. Apenas mostraba signo alguno de sorpresa o aburrimiento, actuaba como si de una estatua se tratara.

Vespasiano continuaba hablando; era un verdadero monólogo.

–He seguido tu carrera de cerca, joven Severo. Cumpliste con honor la magistratura del vigintivirato; los informes hablan bien de ti, desempeñaste el cargo de juez *decemviri stlitibus iudicandis* con eficacia. En el ejército apenas hay mención alguna a problemas relacionados contigo. Al contrario, tus superiores confiaban en ti; te habían encargado la misión de construir una fortaleza desde donde coordinar el fin de la insurrección de Britania.

El corazón de Marcus siguió latiendo con más energía aún. Por un momento, llegó a temer que Vespasiano y Muciano oyeran los fuertes palpitos que emergían de su pecho.

«¡Me va a hacer senador!».

–¡Roma necesita gente como tú! –Esta vez sí había mucha energía en las palabras del *princeps*–. Estoy dispuesto a convertir Roma y a sus provincias en una unidad administrativa eficiente. No puedo controlar las provincias senatoriales, pero las que están bajo mi control deben rendir al máximo. Cada finca ha de ser censada, y sus impuestos, cobrados con eficacia. Cada puesto comercial debe ofrecer al pueblo de Roma el máximo beneficio. Cada mina o artesano tiene que colaborar en su justa medida en el bienestar del pueblo de Roma.

»Estoy decidido a ofrecer a los ciudadanos un modo de vida que supere con creces la magnífica época de Augusto. Pero para ello necesito que los impuestos se recauden con eficacia y acabar con la corrupción tan habitual en muchas magistraturas.

»Como sabes, estoy construyendo el mayor anfiteatro del mundo. Un año atrás comenzaron las obras y calculo que, en cuatro o cinco años, pueda ofrecerlo al pueblo de Roma. Todo lo que gané en la conquista de Jerusalén lo estoy gastando en ese regalo a la ciudadanía.

»Pero no me voy a centrar sólo –pronunció en un tono ligeramente más alto esa última palabra– en esa obra que habrá de recordarse durante toda la historia de los hombres. Quiero más, mucho más.

»He comenzado a construir lo que se llamará el templo de la Paz. Otra gran maravilla con la que sorprenderé a toda la humanidad. En él se custodiará para siempre la gloria de Roma; ex-

pondrá todos los tesoros conquistados en Jerusalén y todo el arte de las provincias y de todo el Imperio. Del mismo modo, estoy finalizando las obras de restauración de la colina Capitolina.

»Todo eso está suponiendo una gran fortuna y necesito incrementar mis fondos. Cayo Licinio Muciano acaba de elaborar una reforma fiscal que ayudará a recaudar gran parte de los impuestos que mis provincias me deben. Pero él, como cónsul, debe ocuparse de otros asuntos de naturaleza más próxima.

»Voy a nombrarte *questor maximus*; te encargarás de que los impuestos de mis provincias lleguen a mis arcas en su totalidad; sin corruptelas ni grietas. Naturalmente, ese cargo irá asociado a tu nueva situación como senador.

«¡Sí!». Casi estuvo a punto de saltar de la silla, pero se contuvo. «Siempre hay dioses que velan por el buen hacer de los hombres», pensó.

–Necesito la máxima eficiencia en la recaudación, y un hombre como tú puede desempeñar esa labor con total eficacia.

El silencio de Vespasiano le conminó a hablar.

–Es un gran honor que confiéis en mí de esta manera. Sólo me preguntaba...

–Adelante, joven Severo.

–... me preguntaba si los senadores más viejos entenderán esta promoción en alguien tan joven. –Sin querer miró a Muciano–. Tengo veinticinco años recién cumplidos y pocos son los hombres que acceden al Senado con esta edad.

El cónsul sonrió levemente, pero no pareció sentirse ofendido en absoluto.

–¡Bah! Estás lo suficientemente capacitado para cumplir mejor que la mayoría de esos ancianos que pudren una institución tan ancestral como el Senado. Además, si das la talla, tal y como espero, tendrás mi apoyo incondicional, Marcus. Te defenderé como si fueras mi propio hijo.

Había tal rotundidad en aquellas palabras que todo el cuerpo de Marcus reaccionó. Si en ese momento Vespasiano le pidiera que se cortara la cabeza, lo habría hecho sin la menor vacilación.

–En tal caso, sólo puedo decirle que haré todo cuanto esté en mi mano por no defraudar su confianza puesta en mí. –Las palabras estaban repletas de bisonñez y timidez; de no ser por su voz de adulto, casi habría parecido un adolescente.

* * *

El día siguiente fue mucho más complicado.

Fue a ver a su hermano mayor.

Cayo Segundo Severo se había instalado en una villa en la isla de Aenaria, muy cerca de Neapolis, al sur de Roma. Con esta acción había dejado muy claro que no le interesaban los problemas del mundo. Él vivía para satisfacer sus propios instintos, y lo que sucediera más allá de las paredes de la suntuosa villa no parecía existir para él.

Marcus hizo el viaje sin esperar gran cosa de su hermano.

Como había anunciado su llegada, no le hicieron esperar.

La villa era espléndida. Situada en la parte norte de la isla, y encajada frente a un pequeño golfo natural, el mar se había convertido en el marco de referencia. La decoración era muy cargada: en el mismo jardín que precedía a la entrada, la profusión de elementos decorativos vegetales era tan exagerada que resultaba muy fácil perderse entre aquella maraña de objetos naturales y no encontrar la entrada a la residencia principal. Y este edificio ofrecía idéntico estilo decorativo; no había rincón alguno de pared sin tratamiento pictórico, tanto en el exterior como del interior. Colores muy vivos, que contrastaban unos con otros, parecían querer despertar algún sentimiento oculto en el visitante.

Por otro lado, en cuanto a la estructura, la zona residencial ofrecía idéntica distribución que la mayoría de las villas rústicas. Estaba dividida en tres zonas. La *pars fructuaria* (destinada a la elaboración de productos derivados de las explotaciones agropecuarias), la *pars rustica* (donde vivían los trabajadores y esclavos de la hacienda) y la *pars dominica* (residencia del *dominus* y zona más noble de toda la finca). Era esta última parte la que prestaba

mayor diferencia decorativa; un jardín servía de antesala al magno edificio.

El otoño ofrecía multitud de tonalidades olfativas, más allá de las cromáticas. La vendimia de la uva y su posterior prensado para la extracción del preciado néctar habían esparcido su característico olor en cada uno de los rincones. Encinas, madroños, majoletos, zarzamoras y un largo sinfín de árboles del bosque mediterráneo ahora ofrecían sus frutos y aromatizaban la estación como si compensaran el anodino invierno que amenazaba con llegar en apenas unas semanas.

Los tonos pardos languidecían en todas direcciones en espera de que un vendaval acabara con ellos y trajera la tonalidad más verdosa y gris, sinónimo de frío y silencio.

Marcus casi no fue consciente de todo ello, y avanzó hasta el interior de la zona residencial, la *pars dominica*.

Tras presentarse a un esclavo, éste le hizo pasar hasta el interior y lo condujo hasta una terraza en el segundo piso. Allí le esperaba su hermano.

Con un rostro lleno de rasgos similares, Cayo era más rechoncho que su hermano Marcus. Los placeres y la vida sedentaria no ayudaban precisamente a limar esa gordura. Hacía casi tres años que no le veía y ahora, al hacerlo, Marcus vio en su hermano a la reencarnación de su padre; al menos, por su parecido físico.

Cayo le recibió con una sonrisa, pero lejos de la calidez que se suponía debía existir entre dos hermanos.

—¡Al fin has vuelto, hermanito! —La voz dulce y los gestos amanerados no eran debidos a su amabilidad o satisfacción por la llegada del nuevo visitante. Era la forma de ser de Cayo.

Igualmente, iba vestido y engalanado de un modo muy particular. La túnica era de tono azul verdoso con ribetes dorados y azul marino en las mangas, y la zona más baja, con llamativas decoraciones florales. En su cabeza, una diadema se incrustaba entre su escaso y rizado cabello; brillaba de una forma exagerada como si recogiera la luz del mismísimo sol. Un ligero maquillaje en el rostro, con la intención de tornar blanquecina su tez, acentuaba la distinción buscada por Cayo.

Con un gesto de la mano le hizo pasar hasta la balaustrada que cerraba la terraza. Desde allí la vista del mar era magnífica.

–Veo que buscas los mismos placeres que padre; al menos, la contemplación –dijo Marcus.

–Los dioses nos ofrecen su belleza para nuestro disfrute. No hacerlo sería como ofenderlos. ¿Y quién quiere ofender a los dioses?

–Sí, claro, los dioses...

–A algunos no les importa ofender a sus progenitores. Pero la gente con mayor sensibilidad no nos podemos permitir esos lujos.

Era una clara indirecta hacia él.

–No me culpes por no asistir al funeral.

–Te ciegan tus ambiciones, Marcus. No eres un hombre de fiar y eso ofende a quienes amamos la memoria de nuestros antepasados.

–Seguir la carrera política de padre no es ser excesivamente ambicioso o alguien en quien no confiar.

–¡No oses compararte con padre! Tú no eres como él. ¡Jamás lo serás!

La alteración de Cayo dejó bien claro a Marcus que su hermano le guardaba un profundo rencor. Lejos de arreglarse, la muerte de su padre había empeorado su ya difícil relación.

–¿Acaso tú sí eres como él? –El pequeño Severo no se quedó atrás.

–Tengo su sensibilidad y su inteligencia. Y sólo lamento que tú te hayas quedado con parte de mi herencia.

Ahí estaba una de sus actuales diferencias.

Desde bien niños ambos hermanos habían sido tan distintos como el sol y la luna. Los cuatro años que se llevaban apenas resultaron decisivos para separar de tal forma a Cayo y Marcus. Como si la esencia de su padre se hubiera dividido, los dos hijos se aferraron a los extremos más opuestos de los gustos paternos. El mayor, Cayo, era capaz de ver más allá de la mayor simpleza de los sentidos y convertir esa realidad intangible en algo tan sólido y palpable como el más grueso de los muros. Marcus, el menor,

era el pragmatismo convertido en ser humano; no le interesaba nada que no fuera útil o aprovechable. La política y cómo desde ésta se podía cambiar el mundo habían sido siempre sus metas.

La dulzura de la madre y las buenas intenciones que siempre acompañaron la gestión del padre parecieron haberse quedado en manos de sus progenitores sin que los hijos recibieran ni una pizca en herencia.

Ahora, ya mayores y huérfanos, el destino de sus vidas quedaba enteramente en sus manos. Nadie era capaz de frenar sus ansias.

La herencia que Cayo decidió dividir acentuó aún más esas diferencias.

–Fue la sensibilidad de padre la que decidió repartir su riqueza entre los dos. –Marcus sabía cómo contraatacar a su hermano–. Si se hubiera impuesto su parte más pragmática, como sucede en la mayoría de patricios romanos, todo habría sido tuyo y yo me habría tenido que buscar la riqueza con mi suerte y mi esfuerzo.

Cayo no contestó. Como único gesto se arregló la diadema dorada, con la intención de acomodarla a la perfección.

Fue pasado un buen rato cuando el mayor habló:

–¿Y para qué has regresado a Roma? –A pesar de no vivir en la urbe, quedaba claro que su estancia en la casa de Cayo era sólo temporal y de tránsito.

Marcus no contestó a la pregunta. Respondió con otra:

–¿Cómo está el tema de la villa de padre en Pompeya?

Cayo se giró y miró fijamente a los ojos de su hermano.

–Ése es un tema cerrado y lo sabes de sobra. La vendió a esa mujer –la palabra «mujer» tembló en los labios del mayor de los hermanos y Cayo miró hacia el mar–, y nos repartió los sestercios. La villa ya no es nuestra, olvídate de ella.

–Antes de morir, ¿qué fue lo último que te dijo padre?

Cayo continuó mirando hacia la lejanía; como si buscara la respuesta en algún punto del horizonte infinito.

–Casi no pude hablar con él. Nos vimos... –hizo una pausa recordando– seis meses atrás y nuestra conversación no acabó bien.

–¿Murió súbitamente? ¿Así, sin más?

Cayo afirmó apretando los labios con fuerza.

–¿Y para qué has regresado a Roma? –Volvió a preguntar el hermano mayor; en esta ocasión incluyó un tono de clara irritación.

Marcus se tomó su tiempo en responder. Su hermano estaba inquieto ante su regreso y se daría el placer de inquietarlo unos segundos más.

–He sido llamado por Vespasiano.

Cayo lo miró fijamente; él tenía la vista puesta en el horizonte, pero notaba el acecho visual de su hermano.

–Senador –dijo Cayo–. Te ha nombrado senador.

Marcus afirmó en silencio, sin dejar de mirar el horizonte.

Cayo chasqueó la lengua buscando mostrar desprecio ante el nombramiento del máximo dirigente de Roma.

–Es algo que se viene oyendo desde un tiempo a esta parte. Vespasiano recluta a jóvenes senadores para frenar a los más reaccionarios. A cambio de un mendrugo de pan seco, te ha convertido en su marioneta. ¡Menudo ascenso social has logrado para desprestigiar a la casa de padre!

Sin querer entrar en valoraciones o discusiones, Marcus se marchó de allí sin decir nada más. Mientras se iba, pudo escuchar la risa de su hermano que se perdía entre el Mare Nostrum.